

## Octavio Paz: La lucidez y la comprensión

*Gustavo Santillán*

Universidad Autónoma de Tamaulipas, México.

Octavio Paz es al mismo tiempo un final y un principio. Por una parte es uno de los mejores herederos de la literatura mexicana. Apasionado por Sor Juana, lector atento de López Velarde y discípulo de los Contemporáneos, es la primera cumbre universal de la literatura mexicana. Por otra parte, es el precursor de una época distinta a las anteriores dentro de la poesía y el ensayo nacionales. Es simultáneamente un punto de intersección y un punto de partida. Es una síntesis del pasado, pero también un análisis del pretérito. Fruto del país y de sí mismo, era ya en vida una de las mayores raíces de nuestro presente. Hoy, ya muerto, es más que una obra o un testimonio: es una presencia a la cual es preciso estudiar con el mismo rigor con que es preciso desafiarla. La admiración ciega es infértil; la crítica injusta es inútil.

El primer Nobel mexicano de literatura es también el primer escritor mexicano que tuvo una conciencia crítica del pretérito. Para algunos el pasado era un modelo: Alfonso Reyes y el humanismo grecorromano. Para otros era un vacío que había que evadir, o un abismo que nada se perdía al evitarlo: Xavier Villaurrutia. En cambio, la relación de Paz con el ayer no sólo fue conflictiva sino actual. No fue el administrador pasivo de bienes intocables, sino el interlocutor de muchos autores que hasta antes de él eran sólo letras y escritura: Sor Juana. Paz se atrevió a transgredir. Quizás por eso, más allá de las polémicas, es un hombre difícil de superar. No temió ni a la

soledad poética ni a la fraternidad literaria. A causa de sus opiniones políticas en diferentes períodos estuvo aislado de las corrientes predominantes en los círculos del poder. A raíz de esta situación, y con el ejemplo de generaciones anteriores, fundó algunas diferentes revistas. La más sobresaliente fue sin duda *Vuelta*: fraternidad no siempre justa, pero siempre exigente.

El autor de *El laberinto de la soledad* y *El arco y la lira*, el hombre que quiso entender al mexicano y se esforzó por comprender la poesía, en ocasiones se equivocaba pero en la mayoría de las veces acertaba. También esta cualidad le provocó problemas innecesarios. Pero la lucidez es siempre hiriente y combatiente: para comprender hay que abrir la carne de los hombres o la piel de las ideas. Para defender esa comprensión se requiere un ánimo dispuesto a la polémica y un carácter amante del diálogo. Así, Paz se forjó una imagen pública contradictoria pero fiel a su propia intensidad: era un intelectual de guerra y batallas, pero también un convencido de la tolerancia y la convivencia. En ocasiones la dureza y la debilidad predominaron en sus acciones y opiniones. En ciertos temas fue duro e incluso intransigente: su crítica al socialismo real es un ejemplo válido. En otros fue más sensible y cambiante: el sistema político mexicano. Pero las debilidades de un escritor son parte de su grandeza: son testimonios de una inacabable voluntad de entender el mundo.

Paz fue poeta y ensayista, escritor e intelectual, hombre consciente de ser mexicano y mexicano que reclamaba su derecho a ser universal. Pero fue ante todo un hombre que quería comprender no sólo lo que le rodeaba sino lo que él mismo hacía. La comprensión exige conocimiento y su mayor fruto es la conciencia. De ahí que Paz fuera al mismo tiempo un escritor de gran saber y un hombre de ideas. Entre el mundo y el hombre, entre el saber y la inteligencia, se encuentra la comprensión, puente que los une y abismo que los separa.

Paz es una figura consagrada, pero es sobre todo una figura indispensable, no para la galería de escritores consumados o para las estatuas de los jardines públicos, sino para la salud de nuestra literatura. Aún sus debilidades provocan reflexiones y sus equivocaciones siguen contribuyendo a aguzar nuestro sentido crítico y a fortalecer nuestra facultad imaginativa. Paz sostenía que la crítica es imagina-



ción y la imaginación es crítica. Esto, si no es una regla, es por lo menos una definición de su propio quehacer escritural. El análisis de las palabras y de los hechos requiere no sólo conocimiento sino también audacia, exige una inteligencia que no esté peleada con la fantasía sino con los dogmas. La poesía necesita no sólo de capacidad evocadora, o de facilidad para establecer nuevas relaciones entre las palabras y los hechos, fuente de las metáforas, sino también conciencia del lenguaje y conocimiento de la realidad. Así, en Paz la prosa y la poesía están íntimamente relacionadas. En un ensayo Paz estudiaba el verso y sus cadencias. En un poema evocaba a Stalin y al comunismo. Así, la prosa ganó con la lucidez de la poesía y la poesía se benefició con las dudas del ensayo.

Como poeta, Paz fue ensayista de deslumbrante claridad; como ensayista fue un poeta de transparente densidad. Es decir: un prosista para quien la página no es un ejercicio retórico sino una operación al mismo tiempo verbal e intelectual donde destacan la precisión y la imaginación. Y fue un poeta para el cual la poesía es una escultura de sombras y un laberinto perpetuo de ecos y palabras. Cercano al romanticismo de Baudelaire, heredó del francés la crítica de arte desde la perspectiva de la poesía. Alumno de los surrealistas, y sobre todo de Bretón, participó de la visión subjetiva del verso no como un instrumento de la revolución, sino como una fuente inacabable de visiones provenientes tanto del hombre como del lenguaje. Escritor moderno, supo que la división entre los géneros ya no es tan estricta y que quizá es insostenible. De ahí que fuese un amante tanto del poema en prosa como del ensayo que, sin renunciar a la lucidez y la transparencia, estuviese alimentado de las invenciones verbales y los descubrimientos sutiles del ritmo y del verso.

Su relación con la modernidad fue de repulsión y atracción. Tiempo histórico y a la vez utopía racional, la modernidad fue analizada por Paz utilizando su principal fundamento: la crítica. Tomó de Elliot y de Baudelaire la concepción que entiende al poeta moderno como un poeta crítico. Pero hay que precisar: la crítica no es sinónimo de negación sino voluntad de lucidez. De ahí que en su juventud haya simpatizado con el socialismo triunfante y en su vejez haya reivindicado al liberalismo redivivo. La causa de este cambio no es el



arrepentimiento ideológico: es la fidelidad no a una idea sino, precisamente, a esa voluntad de lucidez. Por eso las variaciones y contradicciones de Paz no demeritan su obra, sino que confirman la raíz fundamental que la impulsó. Otra aclaración obvia pero irrenunciable: la lucidez no es sinónimo de infalibilidad. Es una cualidad, pero es sobre todo un esfuerzo al servicio de la comprensión. Paz no es una estatua y es más que una obra: es un interlocutor.

Un escritor realmente original es aquel que, paradójicamente, descubre la originalidad de otros escritores. A través de sus ensayos literarios, Paz detectó aristas ignoradas de muchos poetas. Sus estudios sobre López Velarde y Sor Juana contienen erudición y reflexión, rigor histórico e imaginación literaria. Son más que biografías amplias o tratados académicos: son ensayos nacidos de la admiración y logrados gracias al talento. Son, asimismo, espejos del propio Paz. Sería ingenuo considerar que lo retratan en sus ambiciones o que lo definen. No lo es pensar que toda búsqueda literaria corresponde a una aventura interna: la del hombre ante sí mismo y la del lenguaje frente al hombre.

En la obra de Paz dialogan voces distintas e incluso contradictorias. Pero una es, si no excepcional, sí distintiva: Baudelaire. El mexicano ofrece un parecido con el francés: los dos fueron poetas, críticos de arte y amantes de la poesía. Paz tomó de su obra la idea de la creación literaria como un acto crítico. Pero su actitud ante la creación y la crítica es muy distinta a la del autor de *Las flores del mal*. Baudelaire es un autor romántico y un hombre decimonónico: fusiona vida y obra en un ente superior compuesto por la creación escritural y su desgarramiento individual. Paz, en cambio, es la conciencia de ese desgarramiento moderno entre hombre y poeta, entre poema y poesía. De esta forma se acerca también a otro gran poeta galo: Mallarmé, en quien aparece el reverso no siempre visto por Baudelaire: el abismo del lenguaje y del silencio. Baudelaire es clásico en sus formas y rimas. Mallarmé, caso contrario, intenta crear nuevas formas: símbolos vacíos que transmiten la terrible densidad del mundo. Pero ambos, desde ángulos distintos, construyeron lenguajes diferentes a los pasados, y de esa forma prefiguraron estéticas futuras.

Uno de los ejes básicos, tanto de la prosa como de la poesía de Octavio Paz, fue la noción de otredad. Es difícil definir con precisión



este término ambiguo. Pero ayuda a aclararlo saber que aparece también en dos autores de lengua española: Ortega y Machado. En el primero es una dimensión de la sociedad: es el espejo que nos refuta con precisión y al mismo tiempo nos refleja con total exactitud. Es la persona que está a nuestro lado, ese individuo con el cual cotidianamente convivimos y en base a cuya convivencia se forjan nuestros actos. En el segundo es la sombra desconocida que nos habita y de la cual proviene una luz ignorada. Es la persona que nunca conocemos y que, no obstante, nos conoce. Es un puente hacia uno mismo y hacia quienes nos rodean. Para Paz es una presencia inasible pero ineludible: no se puede definir pero se puede hallar en un poema, entre la gente o en uno mismo. Pero no es una entidad metafísica: no es ni un ente ni una entelequia. Es, simultáneamente, aquello que escinde al hombre respecto de sí mismo y lo reconcilia con el mundo que lo divide. Es conciencia de la escisión y consecuentemente un anhelo de unidad. Paz responde de esta forma al desgarramiento de Baudelaire, el cual no es sino la perpetua herida de la civilización occidental. De ahí que la obra de Paz sea universal, tanto por sus orígenes como por sus alcances.

La otredad es la crítica moderna del individualismo moderno. Las religiones no comparten plenamente nuestra época: desde el punto de vista de las creencias el individualismo es una aberración porque trasciende la fraternidad humana creada por un ser superior. Para nosotros es un carácter, un elemento que compartimos con los demás y al mismo tiempo nos distingue de ellos. Somos iguales porque amamos el individualismo; somos diferentes porque somos individualistas. Pero en el caso de Paz la otredad es una respuesta al desgarramiento romántico. Es la parte del yo desconocido que nos constituye, que para algunos es Dios y para Paz es la poesía. Es una tentativa de reconciliación. Esto es valioso porque la civilización occidental ha basado su desarrollo en distinciones conceptuales que a lo largo del tiempo se han convertido en desgarramientos íntimos. Entre nosotros las dicotomías son evidentes: hombre y Dios, humanidad y civilización, fe y razón. Es difícil precisar si han sido positivas, pero han sido necesarias: gracias a ellas existe plenamente el mundo occidental.

Punto de partida de la posmodernidad, el romanticismo es la toma de conciencia moderna ante la industrialización burguesa. Critica sus excesos, aprovecha sus libertades y detecta sus fisuras. De ahí la pasión de Paz ante la porción más lúcida de ese movimiento. A ella le debemos sus definiciones sobre poética y sus defensas de la poesía. Comparte la desconfianza romántica hacia la razón geométrica. Pero la utiliza, paradójicamente, para hacer comprensible ese mismo resquemor ante la racionalidad occidental. No renuncia a ella como muchos surrealistas y otros herederos legítimos e ilegítimos del romanticismo, como el movimiento *Beat*. La aprovecha para mejor extraer de sus entrañas frutos oscuros y compartibles: la poesía misma. Porque la poesía de Paz es intensa, pero nunca apresurada. Está lejos de las ideas de espontaneidad y automatismo. Así, tiene no un parecido sino un parentesco con Valery. Está muy depurada de elementos occidentales pero, a diferencia del autor del *Cementerio marino*, está abierta a ingredientes no occidentales: específicamente Japón y la India. Así, la relación de Paz con el romanticismo es amplia y compleja. Toma de los surrealistas la propuesta, más que de revolución, de subversión. Está cerca de Mallarmé y su poética, no absoluta sino consciente, de los abismos contenidos tanto en la palabra como en el silencio. Y como en el caso de Baudelaire, es una suma que equivale a una apuesta entre perfección e intensidad, palabras capaces de definir sin limitar su obra: parte de ella es difícil que resista la permanencia en el tiempo, otra perdurará como el diálogo de un autor con su conciencia y su tiempo y, sobre todo, quizá, como fundamento básico de la universalidad de la literatura mexicana.



# RESEÑAS

---